

Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena

“Dios todopoderoso y eterno que condúcenos hacia los gozos celestiales, para que tu rebaño, a pesar de su debilidad llegue a la gloria que le alcanzó la fortaleza de Jesucristo, su Pastor” Que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria

¿Promediando ya el Tiempo Pascual –4° domingo-, qué experiencia de Jesús Resucitado vamos haciendo? ¿Cuál fue el objetivo de la Muerte y resurrección de Jesús? ¿Cuál es la acción principal que ejerce Jesús Resucitado por nosotros?

Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla

Juan 10,1-10

¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!

La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?

Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto, que conocidos, nos permiten interpretar el mensaje

LA PUERTA. En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: –Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: –Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará, y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante (Juan 10,1-10).

ACERTAR CON LA PUERTA El evangelio de Juan presenta a Jesús con imágenes originales y bellas. Quiere que sus lectores descubran que solo él puede responder plenamente a las necesidades más fundamentales del ser humano. Jesús es «el pan de la vida»: quien se alimente de él no tendrá hambre. Es «la luz del mundo»: quien le siga no caminará en la oscuridad. Es «el buen pastor»: quien escuche su voz encontrará la vida. Entre estas imágenes hay una, humilde y casi olvidada, que, sin embargo, en cierra un contenido profundo. «Yo soy la puerta». Así es Jesús. Una puerta abierta. Quien le sigue cruza un umbral que conduce a un mundo nuevo: una manera nueva de entender y vivir la vida. El evangelista lo explica con tres rasgos: «Quien entre por mí se salvará». La vida tiene muchas salidas. No todas llevan al éxito ni garantizan una vida plena. Quien, de alguna manera, sintoniza con Jesús y trata de seguirle, está entrando por la puerta acertada. No echará a perder su vida. La salvará. El evangelista dice algo más. Quien entra por Jesús «podrá salir y entrar». Tiene libertad de movimientos. Entra en un espacio donde puede ser libre, pues solo se deja guiar por el Espíritu de Jesús. No es el país de la anarquía o del libertinaje. «Entra y sale» pasando siempre a través de esa «puerta» que es Jesús, y se mueve siguiendo sus pasos. Todavía añade el evangelista otro detalle: quien entre por esa puerta que es Jesús «encontrará pastos», no pasará hambre ni sed. Encontrará alimento sólido y abundante para vivir. Cristo es la «puerta» por la que hemos de entrar también hoy los cristianos, si queremos reavivar nuestra identidad. Un cristianismo formado por bautizados que se relacionan con un Jesús mal conocido, vagamente recordado, afirmado de vez en cuando de manera abstracta, un Jesús mudo que no dice nada especial al mundo de hoy, un Jesús que no toca los corazones... es un cristianismo sin futuro. Solo Cristo nos puede conducir a un nivel nuevo de vida cristiana, mejor fundamentada, motivada y alimentada en el evangelio. Cada uno de nosotros podemos contribuir a que, en la Iglesia de los próximos años, se le sienta y se le viva a Jesús de manera más viva y apasionada. Podemos hacer que la Iglesia sea más de Jesús.

JESÚS ES LA PUERTA Jesús propone a un grupo de fariseos un relato metafórico en el que critica con dureza a los dirigentes religiosos de Israel. La escena está tomada de la vida pastoril. El rebaño está recogido dentro de un aprisco, rodeado por un vallado o pequeño muro, mientras un guarda vigila el acceso. Jesús centra precisamente su atención en esa «puerta» que permite llegar hasta las ovejas. Hay dos maneras de entrar en el redil. Todo depende de lo que uno pretenda hacer con el rebaño. Si alguien se acerca al redil y «no entra por la puerta», sino que salta «por otra parte», es evidente que no es el pastor. No viene a cuidar a su rebaño. Es «un extraño» que viene a «robar, matar y hacer daño». La actuación del verdadero pastor es muy diferente. Cuando se acerca al redil, «entra por la puerta», va llamando a las ovejas por su nombre y ellas atienden su voz. Las saca fuera y, cuando las ha reunido a todas, se pone a la cabeza y va caminando delante de ellas hacia los pastos donde se podrán alimentar. Las ovejas lo siguen porque reconocen su voz. ¿Qué secreto se encierra en esa «puerta» que legitima a los verdaderos pastores que pasan por ella y

desenmascara a los extraños que entran «por otra parte», no para cuidar del rebaño, sino para hacerle daño? Los fariseos no entienden de qué les está hablando aquel Maestro. Entonces Jesús les da la clave del relato: «Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas». Quienes entran por el camino abierto por Jesús y le siguen viviendo su evangelio son verdaderos pastores: sabrán alimentar a la comunidad cristiana. Quienes entran en el redil dejando de lado a Jesús e ignorando su causa son pastores extraños: harán daño al pueblo cristiano. En no pocas Iglesias estamos sufriendo todos mucho: los pastores y el pueblo de Dios. Las relaciones entre la jerarquía y el pueblo cristiano se viven con frecuencia de manera recelosa, crispada y conflictiva: hay obispos que se sienten rechazados; hay sectores cristianos que se sienten marginados. Sería demasiado fácil atribuirlo todo al autoritarismo abusivo de la jerarquía o a la insumisión inaceptable de los fieles. La raíz es más profunda y compleja. Hemos creado entre todos una situación difícil. Hemos perdido la paz. Vamos a necesitar cada vez más a Jesús. Hemos de hacer crecer entre nosotros el respeto mutuo y la comunicación, el diálogo y la búsqueda sincera de verdad evangélica. Necesitamos respirar cuanto antes un clima más amable en la Iglesia. No saldremos de esta crisis si no volvemos todos al espíritu de Jesús. Él es «la puerta».

ESCUCHAR LA VOZ DE JESÚS En algunos ámbitos de la Iglesia se insiste más que nunca en la necesidad de un «magisterio eclesialístico» fuerte para dirigir a los fieles en medio de la crisis actual. Estas llamadas no logran, sin embargo, detener su creciente «devaluación» entre amplios sectores de cristianos. De hecho, no pocas intervenciones de los obispos provocan reacciones encontradas. Unos las alaban con fervor, otros las critican duramente, y la mayoría las olvida a los pocos días. Mientras tanto, en el evangelio se nos recuerdan unas palabras de Jesús que nos interpelan a todos: «Las ovejas siguen al pastor porque conocen su voz». Lo primero y decisivo también hoy es que, en la Iglesia, los creyentes escuchemos «la voz» de Jesucristo en toda su originalidad y pureza, no el peso de las tradiciones ni la novedad de las modas, no las «preocupaciones» de los eclesialísticos ni los «gustos» de los teólogos, no nuestros intereses, miedos o acomodaciones. Esto exige no confundir sin más la voz de Jesucristo con cualquier palabra que se pronuncia en la Iglesia. No hemos de dar por supuesto que en toda intervención de los obispos, en toda predicación de los curas, en todo escrito de los teólogos o en toda exposición de los catequistas se está escuchando fielmente la voz de Jesús. Siempre existe un riesgo. Que llenemos la Iglesia de escritos y cartas pastorales, de documentos y libros de teología, de catequesis y predicaciones, sustituyendo con nuestro «ruido» la voz inconfundible de Jesús, nuestro único maestro. Lo recordaba una y otra vez el obispo san Agustín: «Tenemos un solo maestro. Y, bajo él, todos somos condiscípulos. No nos constituimos en maestros por el hecho de hablar desde el púlpito. El verdadero Maestro habla desde dentro». Hemos de preguntarnos si la palabra que se escucha en la Iglesia proviene de Galilea y nace del Espíritu del Resucitado. Esto es lo decisivo, pues el magisterio, la predicación o la teología han de ser una invitación a que todos y cada uno de los creyentes escuchemos de manera fiel la voz de Cristo. Solo cuando uno «aprende» algo de Jesús se convierte en su seguidor.

NO SE IMPROVISA No es raro encontrarnos hoy con personas que valoran sinceramente la religión y están convencidas de que la fe en Dios no es una ilusión. Sin embargo, su fe está como bloqueada. Hace tiempo que no rezan ni toman parte en una celebración religiosa. No aciertan a comunicarse con Dios ni con Cristo. Esta comunicación con Dios no se improvisa. No es algo que brota sin más desde la superficie de la persona. Requiere una actitud interior de apertura y un cierto aprendizaje. Lo primero es situarnos ante Alguien. Para los cristianos, Dios no es una fuerza temible, la energía que dirige el cosmos o algo semejante. Antes que nada es Amigo y Padre. Lo importante ante Dios es captar su presencia amistosa. Todo lo demás viene después. Sentir a Dios como Amigo lo cambia todo. En segundo lugar, nos hemos de arriesgar a confiar. La vida no es siempre fácil. Tarde o temprano todos conocemos la experiencia del vacío, la impotencia o el sinsentido. No siempre acertamos a encontrar descanso y paz. Quien se abre al Dios revelado en Jesucristo aprende a escuchar en el fondo de su ser estas palabras decisivas: «No tengas miedo». Es importante además captar a Dios como creador de vida. En lo más hondo de cada uno de nosotros habita su Espíritu, que es «Señor y dador de vida». Acoger a Dios no consiste en vivir de forma ingenua, infantil o irresponsable. Al contrario, es reforzar nuestra verdadera identidad, crecer como personas, aprender a vivir la vida intensamente, con hondura, desde su raíz. El creyente trata también de escuchar la voluntad de Dios, es decir, «lo bueno, lo agradable, lo perfecto», lo que puede estar en sintonía con Aquel que solo quiere el bien y la felicidad de todo ser humano. No es fácil. Hemos de aprender a descubrir nuestro deseo más profundo, no los deseos que lo enmascaran y desfiguran, sino «eso» que realmente anda buscando nuestro corazón desde lo más hondo. Ese deseo interior necesita siempre ser purificado, pero no está lejos de la «voluntad de Dios». Para el evangelista Juan es decisivo en la fe cristiana «atender a la voz» de Cristo. Solo las ovejas que reconocen la voz del Pastor y se sienten llamadas por él son capaces de seguirle fielmente. Ese Pastor nos conduce hacia el Padre.

EL MANDATO DE VIVIR Nos quejamos tanto de los problemas, trabajos y penalidades de nuestro vivir diario que corremos el riesgo de olvidar que la vida es un regalo. El gran regalo que todos hemos recibido de Dios. Si no hubiéramos nacido, nadie nos habría echado en falta. Nadie habría notado nuestra ausencia. Todo habría seguido su marcha, y nosotros hubiéramos quedado olvidados para siempre en la nada. Y, sin embargo, vivimos. Se ha producido ese milagro único e irrepetible que es mi vida. Como dice el genial pensador judío Martin Buber, «cada uno de los hombres representa algo nuevo, algo que nunca antes existió, algo original y único». Nadie, antes de mí, ha sido igual que yo ni lo será nunca. Nadie vera jamás el mundo con mis ojos. Nadie acariciará con mis manos. Nadie rezará a Dios con mis labios. Nadie amará nunca con mi corazón. Mi vida es irrepetible. Es tarea mía y solo yo la puedo vivir. Si yo no lo hago, quedará para siempre sin hacer. Habrá en el mundo un vacío que nadie podrá llenar. Por eso, aunque muchas veces lo olvidamos, el primer mandato que los hombres recibimos de Dios es vivir. Mandato que no está escrito en tablas de piedra, sino grabado en lo más hondo de nuestro ser. Nuestro primer gesto de obediencia a Dios es vivir, amar la vida, acogerla con corazón agradecido, cuidarla con solicitud, desplegar todas las posibilidades encerradas en nosotros. Pero vivir no significa solo asegurar un buen funcionamiento de nuestro organismo físico o lograr un desarrollo armonioso de nuestro psiquismo, sino crecer como seres plenamente humanos. El ideal de mens sana in corpore sano –mente sana en un cuerpo sano– puede ser algo perfectamente inhumano y empobrecedor si no vivimos escuchando la llamada del Creador, abiertos al amor, creando en nuestro entorno una vida siempre más humana. Son bastantes los cristianos que no llegan siquiera a sospechar que la fe es precisamente un principio de vida, y vida sana. Les falta descubrir por experiencia personal que Dios no es alguien a quien conviene tener en cuenta por si acaso, sino que Dios es precisamente y antes que nada «alguien que hace vivir». A pesar de sus dudas e incertidumbres, el creyente va descubriendo a Dios como alguien que sostiene la vida, incluso en los momentos más adversos, alguien que da fuerzas para comenzar siempre de nuevo, alguien que alimenta en nosotros una esperanza indestructible cuando la vida parece apagarse para siempre. Al escuchar las palabras de Jesús: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante», el creyente no necesita acudir a otros para que le expliquen su sentido. Él sabe que son verdad.

Pagola, el camino abierto por Jesús, Juan, PPC

6) La experiencia de la vida compartida, la Palabra proclamada, la información recibida, la meditación realizada seguramente nos ha dejado una riqueza, una maduración, una sabiduría en la Fe que buscan hacerse oración y acción por el Reino de Dios para que venga

Ahora realizamos, las suplicas, acciones de gracias o peticiones que podamos agregar.....

7) **ACTUAMOS:** PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitario